

6.

NUESTRO VECINO DEL NORTE

(PARTE 1)

La caída del muro de Berlín fue el fin de la Guerra Fría. ¿O fue más bien el fin de la modernidad? Lo que terminó en 1989 ¿empezó en 1917 con la revolución bolchevique o en 1945 con el surgimiento del orden bipolar de la segunda posguerra mundial? Buscar patrones es una predisposición humana. Y tendemos a poner fecha y nombre a los períodos de la historia cuando sucede algo notable. Agrupar facilita a nuestro cerebro manejar la complejidad de los hechos.

Decimos que en 1492 terminó la Edad Media, cuando los Reyes Católicos completaron la Reconquista y Colón llegó a América. Pero la confrontación entre cristianos y el islam había durado ya más de 700 años. Y Colón ni siquiera supo reconocer a dónde había llegado. Esa pareidolia —la propensión a reconocer patrones aunque no los haya— que aplicamos a la historia da empleo a politólogos e historiadores. Y pasa mucho tiempo antes de que se asienten los debates, si es que alguna vez terminan.

El 2020 fue generoso en mojonos para quien se quiera entretener con ejercicios de periodización. Quizá recordemos el año del COVID-19 como el fin de la globalización multitudinaria: no más viajes aéreos baratos y megafábricas de iPhone sobrepobladas por esclavos en la China. Tal vez recordemos el 2020 como el año en que al fin se agotó la herencia desaforada de la Sociedad Mont Pelerin<sup>1</sup>, que en nombre de la libertad malinterpretada como libertarismo nos condenó a medio siglo de lucha contra molinos de viento en vez de moler el buen trigo de la colaboración. O quizá no.

Podría ser que recordemos el 2020 como el año que acabó con la violencia policial en los Estados Unidos. Cuando sus ciudadanos finalmente se cansaron de cargar con estadísticas espeluznantes, como una tasa de encarcelamiento (655 por 100,000 habitantes<sup>2</sup>) que supera en 11% al más cercano seguidor (El Salvador) y quintuplica la de la China (121 por 100,000 habitantes), con todo y el tenebroso récord de derechos humanos de esta. Tiene los EE. UU. en la cárcel más gente que habitantes juntos los cuatro municipios más poblados de Guatemala<sup>3</sup> (Guatemala, Mixco, Villa Nueva y Petapa). Tiene condados donde más de la mitad del presupuesto público se gasta en policía<sup>4</sup>. En fin, podría ser. Pero al menos tomemos nota: quizá no sea sensato aceptar sin reflexionar consejo de los EE. UU. en materia de reforma penal.

Quizá no logremos poner frontera, fecha y nombre al cambio, quizá se lo terminemos calando más o menos a la fuerza. Pero algo fundamental cambió en las semanas de protesta que siguieron a la muerte de George Floyd, un ciudadano afroamericano, a manos de la policía. Visto de cerca puede leerse simplemente como una demostración más de la incompetencia de Donald Trump como líder,

como autoridad y como gerente público. Pero lo que pasó, el *sfumato* que de cerca no muestra cambio pero que visto a la distancia demarca un límite cada vez más claro, ese comenzó a pintarse hace rato. Los hechos apenas pusieron un brochazo – toques finales, digamos– a lo que dibujaba Nancy Pelosi, la presidenta de la Cámara de Representantes en el legislativo de ese país, cuando preguntaba retóricamente y con disgusto ante la pesada mano represiva de Trump: «¿qué es esto, una república bananera?»<sup>5</sup>

La respuesta, resulta obvio, es que sí. No por el chiste fácil de que su Ejecutivo estaba en manos de auténticos «republicanos bananeros», pues los modos de Trump eran los mismos que los de los generales latinoamericanos en sus momentos más abyectos de dictadura de postre. La respuesta es que sí, porque EE. UU. siempre fue uno más, tanto como las peyorativamente llamadas repúblicas bananeras, o cualquier otro país en cualquier otro momento de la historia, llamado de cualquier otra forma. Apenas que en el Norte no se habían dado por enterados.

La ilusión de «excepcionalidad americana» habrá sido creíble cuando EE. UU. nacía como experimento inédito, revolucionario sin duda. Creció con la economía pujante. Pero el tiempo da martillazos aún al clavo más grueso y termina por sumirlo hasta la cabeza.

Inglaterra también surgió como experimento inédito de monarquía con reglas. Y Guinea Ecuatorial como víctima de una élite excepcionalmente oprobiosa. Centroamérica es irreplicable en su oligarquía necia, como Suiza en su delicado equilibrio étnico y lingüístico. Y así sucesivamente. Como frutos de algún diseño, dosis variadas de empeño y bastante casualidad, cada Estado nación es excepcional y los Estados Unidos, con toda su riqueza, tampoco escapa de la historia: apenas la construye y reproduce localmente. Eso sí, con esplendor.

Sin embargo Trump, pobre diablo, que presidió sobre el momento de reconocimiento de esa equivalencia de los Estados Unidos con todos los otros experimentos de organización política, no se pudo llevar ni siquiera el mérito de ser un último presidente de los Estados Unidos. No fue ni el primero ni el postrero de la despreciable especie de cobarde autoritario, ni en su patria ni en el continente, donde han abundado. Tocó más bien a Barack Obama, bastante más digno, llevar el féretro, ser el «último presidente americano», el último que podía en serio proclamar la excepcionalidad de los EE. UU., creerlo y ser creído<sup>6</sup>. Y tras él, el diluvio.



¿Significa lo anterior que hago espantosas predicciones sobre el fin del imperio norteamericano? Pongámonos serios: por supuesto que no. Estados Unidos sigue

siendo el país más rico y más poderoso del mundo, la potencia global que marca el ritmo del desarrollo económico y también de la cultura hegemónica. Las lecciones son otras.

La primera es que en su tiempo Inglaterra también fue imperio incontestable. Y antes de ella lo habían sido Holanda, Portugal, España, la Rusia de los zares, Turquía de los otomanos y la antigua Roma. Hasta que dejaron de serlo.

La segunda es que, por historia y obviamente por proximidad, mientras duren los Estados Unidos serán nuestra potencia hegemónica. Reconocerlo y tratar de entender no es una preferencia o un fetichismo, sino una necesidad tan imperiosa como su poder.

Tras la sorpresa que causó la elección de Trump como presidente de los Estados Unidos, hubo quién en la prensa de esa nación prometiera abandonar el sensacionalismo. Reconocieron que su *infoentretenimiento* electoral había inflado la visibilidad del candidato.

Poco duró la buena intención. Faltaban semanas para que tomara posesión, cuando ya críticos y promotores por igual debatían sobre cómo acabaría con el legado de Obama. Y eventualmente llegó el día en que el señor de la tez naranja se sentó en el trono de la democracia y con acceso a las claves nucleares. El significado histórico de su antecesor ya no era objeto de especulación sino un hecho dado.

El asunto tiene dos aristas. Primero porque debemos determinar qué cuenta como legado. Al fin, todo gobernante asume el mando para hacer lo suyo. Cuando el poder pasa a manos de otro partido esperamos el cambio como viento que impulsa las velas de los ganadores. Llamemos entonces legado no a lo cotidiano, sino a los rasgos más profundos que configuran un mandato.

Segundo, y por lo mismo, preguntemos qué significa borrar un legado. Vale aquí la observación sobre meter y sacar clavos: con alguna dosis de esfuerzo podemos arrancar un clavo de la tabla en la que está ensartado. Pero el agujero queda. Algunas cosas se pueden borrar sin dejar rastros, otras permanecen tan conspicuas en su ausencia, como si siguieran allí.

Ya se identificaban algunos elementos clave del potencial legado de Obama<sup>7</sup>: la reforma migratoria, la reforma del financiamiento de la salud (el socorrido *Obamacare*), la política ambiental y energética, los acuerdos comerciales internacionales y hasta el apoyo a que las personas transgénero puedan usar un servicio sanitario consistente con su identidad. Y no olvidemos: la guerra perpetua en Afganistán.

Todos ellos, incluso la decisión sobre usar o no el inodoro con muñequito de pantalones o con falda, corresponden a la categoría de clavos que, aun sacados, dejan un agujero; en algunos casos, bastante grande. No porque las soluciones de política sean permanentes —al fin, una orden ejecutiva se borra de un plumazo—, sino porque

los temas a los que apelan siguen allí. Sobre todo porque el legado se construye antes en las razones para abordar los problemas que en las soluciones que se proponen.

Así, ante el reto que plantea la masa amontonada que desde Latinoamérica sigue llegando al Norte por escapar de la miseria y la violencia, caben dos respuestas: verlos como gente o excluirlos de tal dignidad. Es en la primera opción donde estaba el legado de Obama, no en una simple orden ejecutiva para los jóvenes soñadores.

Ante los millones de ciudadanos del país más rico del mundo, que sin embargo seguían sin acceso a una salud que no los quebrara, cabía admitir que enfrentar la enfermedad es un empeño solidario, o por el contrario insistir en que cada quien se salve como pueda. Lo primero era el legado de Obama. Tanto que hasta Trump, en típico escamoteo verbal, comenzó a ofrecer «seguro para todos». Porque legado no es una ley, sino una admisión en torno a algo que cobra estatus de realidad objetiva, así sea un constructo cultural o económico.

Y ante los datos duros y calientes de un clima que hace más inhóspito el único mundo que tenemos, cabía reconocer que la transformación tecnológica a veces impone sacrificio, o ejercer la perezosa voracidad de seguir extrayendo carbón y petróleo nomás porque se puede. Lo primero era el legado de Obama.

Ante un capitalismo que llamó buena la desigualdad sin límite, cabía seguir la corriente en vez de retar a los señores del dinero. Obama no se atrevió y esa debilidad también fue su legado. Un legado que Trump se apuró a heredar y profundizar con su insularismo comercial. Y del presidente Obama fue también la voluntad de seguir derramando miles de bombas por todo Oriente Medio<sup>8</sup>.

Y para terminar, los retretes. El pico del tímpano, rastro del pecado original de los Estados Unidos. Porque, ante la realidad de que somos distintos y diversos, cabe el reconocimiento de nuestra equivalencia y la inclusión, o la saña racista y sexista, el escarnio del otro. Lo primero fue el legado de Obama, no solo por iniciativas judiciales u órdenes ejecutivas, sino por el simple hecho de ser él un afrodescendiente en los Estado Unidos, muy obviamente hijo de mujer blanca y hombre negro.

Para la historia distante quizá importe poco lo que pasó una vez Obama dejó la Casa Blanca y Trump tomó su lugar. Aún sin pasar revista a los muchos y terribles actos de Donald Trump los historiadores del futuro podrán recurrir a lo más obvio y decir de él que fue el que vino después del primer presidente negro de los Estados Unidos. Ojalá no sea (aunque la historia es pródiga en hijos miopes), para decir que fue el que vino después del único presidente negro de los Estados Unidos.



El tiempo ha servido para mostrar que Obama no era tan diferente de quienes lo precedieron<sup>9</sup>. Pero ¿qué tan distintos fueron Obama y Trump? Poco se avanza mientras no aclaremos en qué los comparamos. Ambos surgen en la misma sociedad y de la misma cultura política, del liberalismo democrático anglosajón expresado en los Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XX. Los términos que definen ese entorno incluyen la libertad individual, el credo democrático (nunca igual que su práctica), un racismo fundacional —del cual obviamente uno ha sufrido mientras el otro se beneficia—, la fe en la superioridad de los Estados Unidos y sus ciudadanos, la realidad del poder y la riqueza que hacen creíble tal creencia y la dedicación al mercado capitalista como solución universal.

En este contexto, Obama no es un lobo con piel de oveja, como si engañara al definirse como afroamericano y actuar igual que sus antecesores angloamericanos. Es un lobo, así a secas. Porque aunque a los lobos se les ha dado mala fama a lo largo de la historia y en los cuentos de hadas, la sociedad de la que viene Obama se entiende mejor como una jauría: leal a ultranza con los propios, cariñosa con sus pequeños, sin paciencia para quienes no ponen de su parte o no están dispuestos a salvarse por sus propios medios y rápidamente violenta con quienes percibe como agresores. Y su Estado se construyó para concretar esta visión.

Esas características fundacionales y funcionales históricamente dieron dirección a las decisiones del poder en los Estados Unidos y ayudan a entender su lógica de acción. Piénselo en términos de principios operativos. Por ejemplo: «nosotros ponemos las reglas y deben cumplirse». Eso explica por qué no se conforman con que llegue un migrante indocumentado y reclame beneficios, aunque contribuya más que proporcionalmente a la economía. O: «la libertad individual de la gente es inviolable, pero no todos somos gente». Así entendemos que en los Estados Unidos se tenga una sensibilidad exquisita al espacio personal, pero aun hoy blancos y negros no logren superar la tara de la discriminación racial y la sociedad entera debate con ahínco la aparente nimiedad de disponer quién va a cuál baño. Y con respecto al resto del mundo: «si no eres parte de nuestro mercado, eres parte de nuestro problema». Por eso, en nombre del petróleo o de otros intereses, atropellan alegremente la vida y las tierras de sus propios pueblos indígenas y maldicen para siempre a Irán o Cuba, aunque estos países nunca jamás les hayan hecho daño alguno; más aún no tendrían cómo hacérselo. Y este entramado de ideas —la cultura norteamericana— la comparten Obama, Trump, el emprendedor en Silicon Valley y también un plomero desempleado en Minnesota.

Pero, como con toda cultura, sus características se concretan de forma particular en cada individuo, en cada estadounidense. Y Obama resultó un estadounidense ejemplar. Esto no implica juicio sino descripción. Una descripción que él comparte con mandatarios desde Washington y Jefferson, pasando por

Lincoln, hasta Eisenhower y Kennedy. Todos, fueran conservadores, liberales, republicanos o demócratas, blancos los demás y negro este, exhibieron y contribuyeron con alguna buena fe a concretar esas características culturales de lealtad, cuidado, impaciencia y violencia.

Por eso, de Obama no son ni sorprendentes ni engañosos hechos como las deportaciones masivas de centroamericanos o el castigo descomunal a Chelsea Manning ni su posterior indulto, puestos por la misma mano que afirmó el apoyo a la CICIG en Guatemala y la aprobación de leyes para garantizar los derechos civiles de las personas *JD\V* o la reforma del financiamiento de la salud. Acaso su problema fue ser demasiado tradicionalmente estadounidense: no fue sino el buen lobo que cuida de la jauría.

Y es aquí donde el contraste con Trump se hace tan aleccionador. Porque, si Obama no era lobo con piel de oveja, sino simplemente lobo ejemplar, Trump fue enteramente otra cosa. Trump era el cazador camuflado, con la mano en el frío del rifle, al que le importa poco que los lobatos estén bien o que se persiga a las ovejas. Él lo que quería era llevarse una piel de lobo —insensato, aún insiste en reclamarla aunque halla fallado el tiro en su intento por la reelección— y haría lo necesario para conseguirla. Así tuviera que ganarse la confianza de la jauría para acercarse lo suficiente o comprar un rifle más potente, del que no pueda escapar el lobo. Para él, las ovejas —todo lo que no es Estados Unidos— es incidental. Igual quitará un borreguito a su madre para usarlo como cebo o las ahuyentará avisándoles del lobo, si con eso consigue una buena línea de tiro.

Entendamos entonces: pensar que con Trump se podía tratar porque hacía lo que decía era ingenuidad. Era no reconocer ni lo que siempre han sido los Estados Unidos ni lo que él amenazó. Para Trump todo se valía. Su intención no tenía nada que ver con la jauría ni con su bien. Esto es lo que lo hizo tan distinto, tan poco de fiar, tan peligroso, tan afín a la élite en Guatemala.



Diez días de Trump en la Casa Blanca bastaron para demostrarlo. Una ola de órdenes ejecutivas concretaron sin ambigüedad sus principales ofertas de campaña. Plumazo tras plumazo afirmó: intentaría acabar con la reforma al financiamiento de la salud de Obamacare, echaría a los funcionarios incluso mínimamente críticos, construiría el muro en la frontera con México, detendría la migración a los Estados Unidos de toda persona de siete países musulmanes. Sin distingo de causas ni de circunstancias.

Era fácil admirar la eficacia de Trump. Fácil especialmente para quienes estaban impacientes con las titubeantes buenas maneras del presidente Obama. Fácil para la multitud anónima que se sentía olvidada en la pobreza blanca y en el

conservadurismo religioso, cansada de que la modernización cultural la hubiera dejado sin razón y la maquinaria electoral sin poder. Fácil para quienes querían dar señales al obstinado *establishment* político. Fácil para quienes, como los empresarios chapines sentados en primera clase, volaron a Washington para entrevistarse con los ultraconservadores. Ellos también necesitaban esa eficacia para acabar con la CICIG.

Pero esa admiración ignoraba a sabiendas algo importante: que lo que Trump hacía también es fácil. En el fondo es un asunto de física fundamental, de entropía. Cuando el propósito es llegar al mar, basta dejarse llevar por la corriente para conseguir resultados, que la gravedad hará lo necesario. El mandatario del norte se montó en un río de desorden y navegó feliz río abajo: miren cuán rápido voy.

Porque para ser constructor eficaz hace falta el cuidadoso diseño de los planos, apremiar a los obreros, acarrear la piedra, tirar de la grúa y muy despacio alinear un ladrillo sobre otro hasta levantarlo todo. Pero para ser eficaz en la demolición basta una buena carga de dinamita, treinta segundos y un dedo voluntarioso sobre el detonador.

Tan indolente como urgido, Trump se sumó a la tradición de los vándalos que no querían construir Roma, a quienes les bastaba con que cayeran los muros del Coliseo. Poco importa si lo que se quiere es acabar con la herencia de Lincoln o con la de Reagan, ponerle fin al capitalismo o socavar la democracia. Como con la sufrida Mariupol<sup>10</sup>, cuando se asiente el polvo, lo único que quedará será una inmensa pila de escombros. Trump, con sus acciones atolondradas, dio satisfacción a los que quieren acabar con el mundo moderno —por lo bueno o por lo malo—, aunque no tuvieran la más triste idea de qué poner en su lugar, menos aún de cómo hacerlo.

Y así fue. Cuando el polvo se asentó, igual persistió la marea de gente desesperada de Centroamérica. Y persiste la desesperanza en el centro de *América*, pues los pocos y malos empleos (como la boyante pero tóxica oferta de Amazon<sup>11</sup>) tienen más que ver con cambios tecnológicos y financieros globales que con mexicanos y chinos que les estén «robando» las oportunidades. Persiste la voracidad de la banca y la animadversión ante Occidente en Oriente Medio, regadas ambas con la dependencia casi narcótica de las economías modernas para con el petróleo. Aunque el necio de Trump, ahora desde el retiro diga que no es su problema.

No nos pongamos dramáticos, podrá comentar usted. Trump no acabó con la modernidad de Occidente. Tanto así que el sistema democrático fue capaz de echarlo de la Casa Blanca, a pesar de sus esfuerzos denodados por manipular las elecciones. Cierto, pero como perverso partero quizá apura la inflexión<sup>12</sup>. La Roma imperial no era perfecta. Lejos de ello. Pero a su fin siguieron diez siglos —¡mil años!— de Medioevo: fragmentación, violencia en descampado, deterioro de la



infraestructura, represión e intolerancia. Claro que se puede derruir todo y cruzar los dedos esperando que la demolición salga bien. Pero ni sabemos adónde iremos a parar ni sabemos cuál pueda ser el camino. Mientras tanto, algunas certezas sí tenemos y justo esas fueron marginadas por Trump y su secuaces: que el cambio climático es real, que las barreras aumentan los costos y que la intolerancia engendra violencia.



La presidencia de Donald Trump tuvo un efecto desproporcionado: nos afectó más de lo que debía en consideración de sus capacidades. Quizá fue asunto del momento. El tema de fondo es que el capitalismo enfrenta retos de importancia: la dificultad de crecimiento para la economía es asunto admitido tanto por tirios de la izquierda<sup>13</sup> como por troyanos del Foro Económico Mundial<sup>14</sup>. La tecnología informática sustituye cada vez más empleos y su costo marginal casi nulo sigue planteando retos a la acumulación por lo fácil que resulta copiar las innovaciones. Sigue dilapidándose la naturaleza porque todos necesitamos energía barata y todos queremos seguir comprando cachivaches baratos, a la vez que en nuestro globo interconectado se acaban los espacios de nueva explotación natural y comercial. Y como tapa del pomo, todo se paga con dudoso dinero fiduciario, construido sobre el poder de los banqueros que no dejan que nadie cuestione sus monedas.

Aún hoy, por supuesto, la cosa demanda soluciones. Una opción es ir tras el cambio y buscar otro modelo económico: abrazar una ética de sobrevivencia compartida antes que de crecimiento sin límites. Pero esto requiere un estilo de vida más austero. Peor aún, exige redistribuir del rico al pobre, renunciar al consumo de hidrocarburos como energía barata y controlar la demanda desbocada de mercancías. Así que, si quiere esto, espere sentado.

La otra opción es apuntalar la economía tal cual ya existe. ¿Cómo? Excluyendo a más gente del pastel que no crece y protegiendo la tajada de los más ricos. Esta es la creciente desigualdad y el empobrecimiento que vemos. Incluye también crear barreras laborales para que los empleos que queden se repartan solo entre los propios. Finalmente, forzar mercados para conseguir materia prima barata y vender a precios de extorsión.

Y en estas llegamos a Trump. Justo es reconocer que su motivación primaria siempre fue el enriquecimiento desahogado, más que dejar una clara huella en la historia. El tipo nunca dio para tanto<sup>15</sup>. Pero ante la disyuntiva entre austeridad y exclusión él y sus secuaces debían trazar un camino al lucro. La salida fue obvia: apostar por las exclusiones. En el fondo quizá no tenían opción, porque la austeridad

y el colectivismo no gustan a la mayoría de estadounidenses: es difícil desde una ideología que prioriza el individualismo y la fe en que el mercado lo resuelve todo.

Concretar esa apuesta exigió que Trump hiciera las veces del capitán de un Titanic perverso: así el barco se hundiera o no, la tarea era lanzar pasajeros al agua para que abundara el caviar y el champán entre los que quedaban. Más allá del racismo, el sexismo y la islamofobia, las urgentes órdenes ejecutivas y propuestas de ley sirvieron para concretar círculos concéntricos de exclusión y rapiña.

Por el lado de la exclusión, lanzó del barco a los de la tercera clase: aquellos con menos poder y a quienes nadie quería. Su bronca con refugiados e inmigrantes indocumentados no era tanto personal como cruelmente eficiente. Podían disentir los que se ahogaban, pero los de la segunda clase, los votantes de Trump —así fueran tan pobres como los excluidos— hasta respiraban aliviados: quedarían algunas oportunidades más para ellos. Si todo salía bien, quedarían aliviados lo suficiente para volver a votar por él.

Por el lado de la rapiña, la tarea era hacer *bullying* al resto del mundo. De nuevo, no era personal sino sobre todo eficiente. La apuesta no era irritar a mexicanos o australianos, aunque Trump lo disfrutara porque tiene una personalidad ruin. Lo importante era afirmar que se tiene dominio sobre los recursos de todo el mundo, pues van a hacer falta.

Hasta aquí, *business as usual*. Pero recuerde: no estamos en 1950. Peor aún y porque la historia es implacable, todo buque imperial comienza a hundirse el día mismo en que zarpa el primer emperador. La tecnología continúa socavando el costo marginal, y la gente, entrenada como buenos consumidores, sigue pidiendo más. Este es el verdadero problema, no solo para Trump sino para la humanidad entera en estos tiempos del alto capitalismo. Siguiendo por aquí tocará estrechar aún más el círculo de inclusión y lanzar aún más gente al agua: los de la segunda clase, los mecánicos, hasta el cuarteto de cuerdas. No debía extrañar que Trump decidiera marginar a los afroestadounidenses tanto como atacar a los migrantes legales o intensificar el *bullying* internacional, así amenazara otra guerra. Tanto importa que, aunque Trump no ganó la reelección —fue demasiado ruin hasta para alguna gente que lo había elegido la primera vez— igual los líderes del partido Republicano, canalla de falderos como pocos, andan plenamente empeñados en excluir del voto a los afrodescendientes, así sean sus propios conciudadanos por derecho desde el 1 de enero de 1863.



Cuando algo falla en el entorno inmediato, nos enteramos enseguida y la reacción no se hace esperar. Pero hay que poner atención a lo global, donde los asuntos pueden

ser más importantes que urgentes. Donde las consecuencias tardan más en llegar, pero suelen ser mayores.

Nunca mejor ilustrado que cuando Donald Trump retiró a los Estados Unidos del Acuerdo de París. La idiotez demostró el alcance de su capacidad destructiva al dar el timón al idiota. Porque por una parte está la idiotez local, como la de quien padece una enfermedad mental y sin embargo tiene acceso irrestricto a armas de fuego: se lanza atolondrado a disparar en una escuela o en un centro comercial. Cuando se le calienta la cabeza a un desesperado con ideas de un futuro imposible, piensa que cambiará el mundo a base de hacer daño a quienes lo rodean. Causa muerte a menudeo y reacciones encendidas de la sociedad y de las instituciones. Pero el único cambio permanente está en sus desafortunadas víctimas y en la medida de su propia miseria. Es la brutal ineficacia de tales desmanes, impulsados por religión, ideología, desesperanza o enfermedad, la que lleva a que se repiten una y otra vez, porque no cambian nada más allá del propio hecho.

Y por otra parte, lamentablemente, está la idiotez global. Como cuando el presidente Trump demostró sin ambigüedad que ser elegido ni a leguas es lo mismo que ser idóneo. Teniendo en la mano las cosas importantes, ejercitó una torpeza — mezcla de estrechez de mente, egoísmo y sobre todo incapacidad para reconocer la buena ciencia— de consecuencias vastas.

He aquí la paradoja. Al retirar a su país del acuerdo internacional que busca —así sea en medida insuficiente— abordar el cambio climático, no pasó absolutamente nada de significado inmediato. A pesar de la ineptitud de sus palabras, que confundían la ciudad de suscripción del acuerdo con la circunscripción de sus beneficiarios, al día siguiente las ruedas de la diplomacia siguieron girando sin problema. Y aunque los empresarios del petróleo y el carbón se habrán frotado las manos al calcular sus beneficios particulares ante el daño consumado, ni ellos ni nosotros sentimos al día siguiente más calor por el cambio climático ni respiramos con más dificultad por un aire contaminado.

Sin embargo todos, desde los hijos del banquero en Nueva York hasta los de la mujer analfabeta en una aldea reseca del oriente de Guatemala, podremos sufrir por décadas las consecuencias de ese acto de imbecilidad redomada. Porque comprometerse con el Acuerdo de París, en una dirección, y retirarse de él, en la opuesta, son como los pequeños golpes de timón en un barco superpetrolero en altamar: no se notan cuando pasan, pero definen si el viaje terminará en buen puerto o en la zozobra.

Trump y sus asesores vivían (y siguen viviendo) en un grosero universo de suma cero, donde la cooperación no es parte del juego. Desde allí demostraron una vez más que son incapaces de querer más que la inmediatez, que prefieren la destrucción visible antes que la ardua construcción invisible.

A pesar de la ciencia apabullante, a pesar de contar su país con el poderío económico y con la capacidad industrial para innovar, a pesar de la voluntad de su ciudadanía y hasta de su propia industria, a pesar de que otros ya habían hecho el trabajo duro de alinear el liderazgo internacional, prefirieron una absurda libertad para escoger la zozobra antes que comprometerse con el camino largo y el destino mejor para sus hijos y los nuestros.



Pero podríamos tomar consuelo. «No hay mal que dure cien años», empieza el refrán popular y hasta el gobierno de Trump terminó. Sin embargo, como reza también la sabiduría popular (que, reconozcamos, da para afirmar cualquier cosa), «árbol que crece torcido, nunca su rama endereza». Y el árbol que sembraron Trump y el Partido Republicano es torcido como pocos. Los eventos del 6 de enero de 2021 mostraron con ahínco que terminaría como empezó. En el país que por dos siglos se vio a sí mismo como la ciudad brillante asentada sobre un monte, una turba violenta atropelló en Washington el Capitolio, el espacio más sagrado de la democracia del Norte.

Era fácil sentir *Schadenfreude* —ese concepto alemán tan compacto que pega alegría propia con desgracia ajena— al ver los destrozos causadas por las hordas de seguidores de Trump. En nombre de la democracia los Estados Unidos ha hecho daño a tantas democracias, Guatemala incluida. Ahora la canalla violentaba la sede de su legislativo cargando con atriles, subiendo los pies sobre los escritorios de los legisladores y hasta ondeando la péfida bandera esclavista de la Confederación.

Pero basta con recordar la última vez que los Estados Unidos sufrió una crisis de gran magnitud para entender que los efectos del descalabro no terminarán allí. Más por la respuesta del Estado norteamericano que por la acción de quienes lo agredieron, los ataques del 11 de septiembre de 2001, asunto de mera seguridad interna, desataron dos guerras interminables en Asia, cambiaron para siempre y para todos lo que significaba viajar en avión y convirtieron la seguridad de fronteras en asunto de conflicto antes que de tráfico de beneficio mutuo. Eso, por citar apenas las consecuencias para la gente que viaja.

Los efectos del asalto al Capitolio también nos alcanzarán, no lo dude. Mientras se hacen aparentes, empecemos con lo que ya es obvio: tanto líderes como ciudadanos estadounidenses olvidaron que la democracia no es natural. Dos siglos de recambio electoral regular dieron una estabilidad envidiable, pero crearon la impresión de que la democracia fundada por Washington, Hamilton, Franklin y demás signatarios de su constitución era perpetua y automática.

Pero resulta que no basta con lo que dicen una constitución y sus leyes regulares, ni siquiera en los Estados Unidos. Más que código, la democracia es práctica: administración pública, liderazgo, educación, policía y, sobre todo, cultura política, renovados cada día para que la gente siga creyendo en aquella y comportándose en consecuencia. Las instituciones sociales y económicas no son sino historias que creemos juntos y la democracia no es distinta de cualquier otra realidad social que se renueva cada día en la cabeza y en la conducta de los ciudadanos.

Sin embargo, o quizá por lo mismo, importa mucho entender cuán contra natura es la democracia. Porque entre humanos es relativamente fácil establecer un orden social predicado sobre la supremacía de uno o pocos que alegan derecho natural o ejercen violencia para conseguirla. Y es relativamente fácil mantener ese orden a base de dar prebendas a los propios, hacer violencia a los ajenos y depredar al conjunto para beneficio de los pocos. Esto apenas nos confirma como miembros del clado con chimpancés, gorilas y otros homínidos.

En contraste, la democracia hace violencia a nuestra psicología y a nuestra conducta social: exige al líder entregar el poder aunque le esté yendo bien, requiere que todos por igual nos sujetemos a normas externas, aunque no sean las nuestras, y obliga a que la riqueza se distribuya deliberadamente entre todos los miembros de un grupo humano a base de que los que ya lo tienen entreguen lo suyo a los que les falta. Intente convencer a una tropa de chimpancés de portarse así, a ver cuánto éxito tiene.

Sin embargo la democracia vale la pena: sus resultados en productividad, pero sobre todo en bienestar —entendido primero como vida sin violencia— son espectaculares para quienes la adoptan. Pero eso no quita lo difícil. Por eso pasaron más de dos milenios entre que la ensayaran los griegos y que alguien volviera a pensar en Europa que podría funcionar. Y su contrario es la eficacia entrópica de Trump: bastó con abandonar su responsabilidad personal, bastó con no dar mantenimiento por cuatro años para poner en jaque dos siglos de construcción política.

Lo terrible es que, por lo mismo, no bastará con que Trump se haya largado y procurar una nueva normalidad, como parece buscar el gobierno de Biden. Recuperar la democracia de los Estados Unidos exigirá un conjunto duro y difícil de acciones que no les salen naturales a los humanos, acciones que deben hacerse todos los días y para siempre. No asumirlo como indispensable podría ser la consecuencia que más gravemente nos alcance a todos. Incluso a la elite guatemalteca, que tanto beneficio saca de vivir en un vecindario democrático mientras se empeña en expoliar a su propia gente.



Y así, tras la infinita voluntad de Trump de romper cosas, muchos apreciamos tener a un adulto responsable a cargo de la autonombraada gendarmería global. La llegada de Joe Biden a la Casa Blanca dio un respiro también a quienes luchan por la justicia en Centroamérica.

Por supuesto, el malandro sigue sin castigo. Peor aún, sus habilitadores republicanos, con todo y sus desordenadas tropas de asalto, muestran toda intención de seguir en la insensatez antidemocrática, mientras el *establishment* demócrata parece haber aprendido poco del sedicioso ataque al Capitolio. Con gente así hay poco que negociar.

A pesar de ello, apenas en su octavo día de trabajo la administración de Biden decidió golpear la mesa al Pacto de Corruptos en Guatemala, ante su insistencia en nombrar como magistrado de la Corte de Constitucionalidad a la persona más impresentable que pudo encontrar<sup>16</sup>. Y parecía estar funcionando<sup>17</sup>.

El nuevo presidente Biden debía lidiar con problemas tan complejos como reinsertarse en el Acuerdo de París, normalizar el acuerdo de control de armas con Irán y recuperar el respeto perdido de los europeos. ¿Por qué poner atención tan temprano a nuestro «paisito de mierda»<sup>18</sup>? Si tan solo lo único que quedara de Trump fuera su franqueza intemperada.

La historia de nuestras relaciones con la potencia da pistas: Guatemala es el sujeto ideal para dar ejemplo. Tiene problemas tan execrables (como un Congreso que escoge a Mynor Moto como magistrado) que nadie a lo ancho del espectro político de Estados Unidos está dispuesto a justificarlos en público, aunque los apoye desde la inacción. Es suficientemente obsequiosa (como en el caso del acuerdo de «tercer país seguro»<sup>19</sup>) para hacer caso sin protesta. Y demasiado débil para que un error se traduzca en un problema incontrolable.

En 1954, en el evento fundacional de nuestra vorágine contemporánea, los hermanos Dulles, expertos como Trump en romper cosas, sembraron de sal la poca tierra democrática con que contábamos e ilustraron cómo se haría de allí en adelante con quienes desobedecieran. Poco antes lo habían ensayado en Irán<sup>20</sup>. Tres generaciones de guatemaltecos hemos tenido que vivir con las consecuencias, como también les ha tocado a tres generaciones de iraníes. Por supuesto, en Washington igualmente deben lidiar con ello las sucesivas administraciones que, una tras otra, heredan problemas grandes en Asia y pequeños aquí, pero siempre irresolubles.

Ahora la historia plantea una nueva oportunidad, tanto a la administración de Biden como a la misma ciudadanía guatemalteca, siempre tan golpeada. En 1954, el anticomunismo y las prioridades comerciales de los socios de Eisenhower

encontraron eco en la riqueza improductiva, la gazmoñería eclesiástica y la violencia militar de nuestras élites. Desde entonces la cosa se ha complicado. La Iglesia católica dio paso al sinnúmero de Iglesias protestantes, cacofónico amplificador de mensajes antidemocráticos y de mafias locales que solo sirven para consolidar el alienante soporte al interés estadounidense por Israel. Los militares mutaron en narcotraficantes. Y la élite económica sigue haciendo lo que mejor le sale: decir que no a todo para no cambiar nada. Eso sí, mientras se ceba con los narcotraficantes (piense en Acisclo Valladares hijo) y entorna los ojos con hipocresía evangélica (piense en cualquiera).

Y aquí está la oportunidad, aunque también el reto. Porque Estados Unidos empezó por pegarse a ese mal socio que es el CACIF, el cobarde cartel de la élite empresarial que no pudo ni siquiera apartarse de la escandalosa elección de Mynor Moto, que habilitó la expulsión de la CICIG porque prefirió librar a sus familiares corruptos de la persecución judicial aunque así diera pase y salvo a toda la corrupción y al crimen organizado y que sigue sosteniendo directivos del Congreso que les garantizan la selección de jueces y magistrados a su medida, así con ello termine favoreciendo jueces y magistrados a la medida del narco.

Por supuesto, con la balanza comercial literalmente en la balanza, renunciar a quienes controlan los sectores de energía, telecomunicaciones o agroexportación en Guatemala no le viene ligero a la política exterior estadounidense. No por el monto, pues el tráfico con Guatemala es pequeño. De nuevo, quizá importa más el temor al mal ejemplo. Pero comienza a haber suficientes empresarios, suficientemente grandes y que no dependen del control social de la oligarquía, como para exigirles que rompan filas con el CACIF. Ni sector privado ni emprendimiento son equivalentes a CACIF. Biden hoy da señas de querer dar giros, discretos pero efectivos, en temas torales de su patria. Quizá sea buen momento para que cierre también el ingrato capítulo que Estados Unidos abrió aquí en 1954.